Conmemoración de los Fieles Difuntos. (2 de Diciembre)

El cómo y el qué de morir

"Dijo Jesús: Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo. Pero si muere dará mucho fruto". San Juan, cap.12

"Uno murió con fuego, otro con hierro, otro de peste, otro pereció a manos de ladrones y así la muerte es fenecimiento de todos y la vida se pasa rápidamente, igual que una sombra". Lo dice Tomás de Kempis con su acostumbrado pesimismo.

Pero es cierto. Se dan muchas formas de morir. Y parece que nuestro horror a la muerte nace más de las condiciones que la rodean, que de la muerte misma. Por esto convendría distinguir entre los modos de morir y el hecho de morir.

Aquellos son variados y múltiples. Cada quien muere su propia muerte, en circunstancias que nos crean los demás o brotan de nuestra propia historia. El poeta Rilke se negó a recibir medicamentos en su última hora, para no morir "la muerte de los médicos, sino la suya propia".

Pero todos estos modos son deleznables, transitorios. Duran apenas unas horas. De pronto un poco más. Y aún los más crueles y dolorosos luego se desvanecen.

Nos queda solamente el hecho de morir. Sírvase, señoría, despojarse de todos sus títulos y arreos. Cuando su noble corazón se detenga, todos - el rey y el zapatero, el gerente y la ascensorista, la diva y el mendigo - todos seremos perfectamente iguales.

La muerte no es lo contrario de la vida. Es más bien uno de sus componentes. Todos la llevamos por dentro, como las frutas guardan su semilla. ¿Y quién no quisiera desaparecer mansamente, para alcanzar de inmediato una vida perfecta?

Esa vida es la que Jesucristo nos promete: "Si el grano de trigo, les dice a sus discípulos en la última cena, no cae en tierra y muere, permanece solo. Pero si muere, dará mucho fruto".

La noche inunda aquella sala donde Jesús se despide, mientras los discípulos se miran desconsolados. Allí se enfrentan el amor y la muerte. Una muerte que el Señor ve ya próxima y el amor inmenso a sus amigos. Recordamos entonces a Marcel: "Amar es poder decirle al otro: Vivirás para siempre".

Jesús apoya su mensaje en una experiencia campesina. El trigo que no llegó al molino, regresa al surco para la multiplicación de las espigas. Es un morir que se convierte en vida.

El cristianismo es la aplicación práctica de la palabra de Cristo a Nicodemo: "Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único, para que cuantos creen en El tengan vida eterna". Y el amor es más fuerte que la muerte.

Queda sin embargo una pregunta: ¿Qué nos espera a todos más allá?.

Discurrir sobre el modo y estilo de la vida futura es inútil. Como intentar volar hacia el espacio, sobre las tijeras podadoras de casa. Basta saber que quien prometió resucitarnos sabe a cabalidad su oficio.

Mientras tanto vivamos con humildad y esfuerzo. Con todo nuestro cuerpo y nuestra alma.

El deseo quejumbroso de morir, la reiterada letanía sobre la brevedad de la vida, no son elementos evangélicos. Y alguno añade: "Toda interpretación optimista de la existencia, de la realidad, de la historia es un acto de esperanza y supone una opción de fe".

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y